



La izquierda que estuvo, está y estará

XIII Asamblea Federal

Este primer borrador es el resultado de un proceso de elaboración colectiva desarrollado durante meses en tres órganos principales: la Comisión Promotora de la XIII Asamblea, la Colegiada Federal y la Coordinadora Federal. Además de los debates orales realizados durante los últimos meses en dichos órganos, la Comisión Promotora facilitó un primer guion con la estructura del documento para recibir aportaciones libres de cara a la confección de este primer borrador.

Al hacer énfasis en que se trata de un *primer* borrador lo que pretendemos es animar al máximo número posible de compañeros y compañeras a que hagan aportaciones a un documento que será vivo hasta al 19 de mayo. Bajo esta premisa hemos intentado ser sintéticos en esta primera propuesta. Hemos querido dejar tiempo y espacio para las aportaciones colectivas que se realizarán durante los siguientes meses.

La calidad de este primer borrador no se medirá tanto en su precisión teórica-literaria como en su capacidad para generar debates y facilitar aportaciones. Así pues, el objetivo es ofrecer una base con la esencia de la propuesta política, susceptible de ser enriquecida.

1. VOLVER A EMPEZAR DESDE LOS PRINCIPIOS

Estamos inmersos en un proceso de crisis que sigue sacudiendo las sociedades y acelerando los tiempos políticos. Con esta premisa partía el documento de la Asamblea Federal anterior, y sigue tan vigente que es difícil hacer un recorrido –por ligero que sea– por los acontecimientos más importantes que hemos afrontado durante los últimos tres años. Una vez superada la pandemia del coronavirus, la guerra de Ucrania puede ser el más destacable a nivel internacional. En cualquier caso, la crisis es una sucesión de eventos imprevisibles, algunos improbables, otros aparentemente imposibles, que aceleran los ritmos y atraviesan de incertidumbre la política y la propia sociedad.

En nuestro país, la crisis de régimen no se ha cerrado completamente, pero ha devenido en una crisis de Estado porque las contradicciones principales chocan con un enquistamiento institucional. El espacio de la izquierda transformadora arrastra el desgaste de la fatiga, la merma de expectativas y la división. A pesar del Gobierno de coalición, salvado in extremis, son las fuerzas conservadoras quienes llevan la iniciativa política-cultural, lideradas por sus facciones más radicales. Nos situamos en un interregno todavía abierto porque el ciclo político de la década rápida pasada no acaba de terminar completamente, ya que el nudo actual de contradicciones no facilita una resolución con una dirección clara. Ningún proyecto de país tiene la suficiente capacidad como para imponerse de manera definitiva a medio y largo plazo, ni el democrático-plurinacional de las izquierdas ni el reaccionario de las derechas.

Sin embargo, contamos con algunas ventajas respecto a hace cuatro años: aunque continúe la crisis y la incertidumbre, podemos extraer lecciones valiosas del ciclo político que estamos dejando atrás. Este deja un balance institucional positivo, pues la izquierda transformadora alcanzó sus cotas más altas de apoyo popular y de incidencia gubernamental. España es una anomalía internacional positiva, entre otras cuestiones por la relevancia de nuestro espacio político. Un sobrevuelo rápido por Europa basta para corroborar esta anomalía. Asistimos a un avance reaccionario y a un retroceso de las fuerzas progresistas y populares en todo el mundo.

Sin embargo, el balance en términos organizativos, culturales y sociales es distinto. Si una máxima definió la dinámica de la década anterior fue la de “muévete rápido y rompe cosas”. Esta rapidez impugnantora permitió librar algunas batallas en las condiciones impuestas por el dominio de la coyuntura, pero tuvieron algunos de los efectos negativos a medio y largo plazo de los que hoy tenemos que hacernos cargo. Aunque la política seguirá atravesada por la crisis y la incertidumbre, nos toca dejar atrás esa dinámica y apostar por

la reconstrucción de unas bases sólidas y estables que nos permitan a la izquierda generar confianza. Mirada larga y paso firme.

La crisis de nuestra organización se adelantó a la propia crisis de régimen. En 2008 apostamos por un proceso de refundación, no solo de Izquierda Unida, sino del conjunto de la izquierda. En 2012 intentamos salir de la X Asamblea Federal con la fuerza suficiente como para erigirnos en la alternativa aglutinadora del descontento y los anhelos democratizadores mayoritarios en la sociedad. Sin embargo, tan solo dos años más tarde fracasamos en este propósito y nuestro proyecto político-estratégico sufrió una profunda derrota que nos llevó a la propuesta de superar la Izquierda Unida realmente existente en la XI Asamblea de 2016. En la Asamblea anterior apostamos, tras un relativo proceso de estabilización, por reforzar nuestra organización para fortalecer los espacios de convergencia.

Este es el recorrido de las propuestas estratégicas de nuestra organización durante los últimos 16 años. Es útil reseñarlo porque evidencia una particularidad positiva del actual contexto histórico: por primera vez tenemos las suficientes certezas y la suficiente estabilidad para continuar con la propuesta de la Asamblea anterior actualizándola a las condiciones del momento político actual. Reforzar Izquierda Unida sigue siendo el objetivo estratégico. Seguimos apostando por el fortalecimiento de los espacios de convergencia, pero somos plenamente conscientes de que la utilidad de estos será directamente proporcional a la fuerza de Izquierda Unida.

Esta es la principal certidumbre que ofrecemos al conjunto de la militancia. Trabajaremos por reforzar Izquierda Unida, esto es, por reforzar su implantación territorial, su inserción social y su solidez organizativa. En la dimensión externa, trabajaremos por mejorar su posicionamiento en el ámbito público en general y en el imaginario colectivo de la ciudadanía progresista en particular. Con autonomía política, conscientes de que la autonomía no se mide en función de la distancia respecto a los demás, sino en función de nuestra capacidad para mantener una hoja de ruta propia trabajando con más organizaciones y más gente. Autonomía sin aislamiento, refuerzo sin corporativismo.

La década rápida nos deja lecciones positivas y negativas. Integramos las positivas y corregimos las negativas. Ahora, con más estabilidad, partimos de la máxima leninista: volver a empezar desde los principios. Los principios de una organización sólida y fiable, con arraigo territorial y social, con una referencialidad histórica reconocible, con una convicción transformadora y una vocación unitaria. Una organización, en definitiva, útil, seria y responsable. Una organización para generar confianza. Una organización para reforzar la izquierda que estuvo, está y estará.

2. EL MUNDO, EL SISTEMA Y LA SOCIEDAD EN CRISIS

2.1. La crisis del capitalismo

El capitalismo, incapaz de resolver los problemas de la humanidad

El capitalismo se ha vuelto *demasiado eficiente*. A base de explotar a la clase trabajadora y de aprovechar los cambios tecnológicos, ha desarrollado la capacidad de producir demasiado rápido y demasiado barato. Pero eso es un obstáculo insalvable para que las innovaciones tengan el tiempo suficiente para ser rentabilizadas. Los ciclos de negocio no pueden sostenerse en el tiempo y eso dificulta que el capitalismo halle nichos de rentabilidad suficientes y estimula su acumulación en los mercados financieros que producen una burbuja detrás de otra. Cuando estallan, la onda expansiva se lleva por delante parte de lo acumulado en la fase previa, pero también derechos, conquistas sociales y vidas humanas.

El problema en las crisis para el capitalismo no es que se incremente de forma desorbitada el desempleo o se deteriore la renta de las personas trabajadoras. El reto para el sistema es encontrar la forma de rentabilizar la inmensa masa de capital acumulado. No se trata de un problema de escasez, sino de una sobreabundancia de capital acumulado que no genera valor ni utilidad alguna para sus poseedores. No debe extrañarnos que el propio sistema capitalista necesite cada cierto tiempo, precisamente por su éxito de acumular más y en menos manos, que las crisis destruyan parte del resultado del expolio previo. Y eso ocurre cada vez en períodos de tiempo más cortos.

A esa tendencia estructural del capitalismo (caída de la tasa de ganancia y sobreproducción), se le une otra contradicción que dificulta garantizar el proceso de acumulación futuro. Es la combinación imposible del mismo con vidas dignas, saludables y deseables que permitan la reproducción social. Hacen falta muchas personas que puedan poner sus mentes y sus manos al servicio de unas pocas para que estas últimas acumulen. Y además, es necesaria una ingente cantidad de esfuerzos, que fundamentalmente recaen sobre los cuerpos de las mujeres, que el sistema capitalista no puede retribuir sin que le salten las costuras.

Transitar hacia un modelo que ponga la vida en el centro del sistema requiere que la satisfacción de necesidades sea universalizable y que no se sustente en un sistema de dominación atravesado por desigualdades de género, clase o etnia. Además, la satisfacción de necesidades debe realizarse dentro de los límites físicos del planeta, cuestionando el modo de producción, empleo y consumo que ha permitido el proceso de acumulación del sistema capitalista y que nos lleva a crisis recurrentes.

Esa destrucción *creativa* no tiene solución y por eso el sistema capitalista no es capaz de resolver de forma satisfactoria los problemas que se le plantean hoy a la humanidad. No porque carezcamos de recursos o medios para que las personas vivan con dignidad, sino porque su función no es esa. El objetivo solo es y solo puede ser lograr la tasa mayor de rentabilidad en el menor plazo posible a quienes han acumulado en la fase previa. Descartemos esperar un resultado diferente de un sistema que no puede tener entre sus objetivos retos de otro tipo.

En este contexto, las guerras han vuelto a tomar protagonismo como salidas útiles e instrumentos del capitalismo. Control de los mercados y de las materias primas y poder político, por supuesto, pero también suponen un estímulo de la inversión y el gasto público en armamento, destrucción de fuerzas productivas “que sobran” y reconstrucción de lo previamente destruido, generando valor para los capitales ociosos. El intento de abordar los problemas de madurez del capitalismo con estos métodos siega miles de vidas humanas y genera inmenso dolor entre la gente, especialmente entre los sectores más vulnerables.

No debe extrañarnos que las crisis económicas sean cada vez más cercanas en el tiempo. De hecho, es un síntoma de “buen funcionamiento” del sistema en cuanto a su capacidad de acumular rentabilidades, y no nos debe sorprender que esos impulsos tengan una duración cada vez más limitada en el tiempo. Según los datos del Banco Mundial, en 2024 el crecimiento mundial se desacelerará por tercer año consecutivo pasando del 2,6% registrado el año pasado al 2,4%. Según las proyecciones, las economías en desarrollo crecerán solo un 3,9%, más de un punto porcentual por debajo del promedio registrado en la década anterior. En concreto, los países de ingreso bajo crecerán un 5,5%, menos de lo esperado. A finales de 2024, la población de aproximadamente uno de cada cuatro países en desarrollo y alrededor del 40% de los países de ingreso bajo seguirán siendo más pobres de lo que eran antes de la pandemia del coronavirus. En las economías avanzadas, por su parte, la previsión es que en 2024 el crecimiento se desacelerará y pasará del 1,5% registrado en 2023 al 1,2%. El resultado es que, a final de 2024, la economía mundial batirá un récord. Serán los cinco años con el menor crecimiento del Producto Interior Bruto de las últimas tres décadas.

En ese páramo, no deberíamos mirar con suficiencia que la economía española se haya comportado en los últimos años mejor que las del resto de la Unión Europea. De hecho, en 2023 tuvo un mejor comportamiento de lo previsto con un crecimiento del 2,5%, eso sí, debido al fuerte tirón de la actividad durante el primer semestre, ya que desde entonces el PIB avanza a tasas moderadas. Y en 2024 y en los años sucesivos tendremos que afrontar los resultados de

una política monetaria más restrictiva que ha disparado los tipos de interés, la finalización del impacto que han supuesto los fondos europeos y el restablecimiento de las reglas fiscales tras la reforma del Pacto de Estabilidad y Crecimiento que supone echar el freno de mano a las políticas públicas expansivas. En todo caso, España seguirá creciendo por encima de la media europea.

El capitalismo es irreformable: no nos podemos conformar con ponerle parches a un sistema criminal

El ciclo neoliberal que incorporó una parte de las demandas sociales de la izquierda en los años 60 del pasado siglo no volverá. En concreto, la crisis del capitalismo español no es sino la manifestación de la falta de espacios de rentabilidad económica para el capital, y el propósito del proyecto neoliberal es recomponer esos espacios mediante un proceso de empobrecimiento y mayor explotación laboral. Y siempre es la clase trabajadora la primera que paga sus consecuencias. Quienes están en situación más precaria son y serán quienes sufrirán en mayor medida las recesiones. Y por eso, mujeres, trabajadoras y trabajadores migrantes, personas mayores con pocos ingresos o jóvenes en general, y sobre todo aquellos con menos formación, no van a encontrar respuesta en el sistema a sus demandas. Y detrás de ellas y ellos, el resto.

En los últimos 15 años de crisis, pintar de verde el capitalismo ha sido la gran apuesta para salir del pozo. Básicamente era la promesa de una solución capitalista a una crisis capitalista con gigantescas inversiones en energías renovables, electrificación de la economía, descarbonización y algunas inversiones sociales para aderezar el conjunto. Con estas inversiones se impulsaría el empleo y a su vez los ingresos fiscales para sostener un Estado con más vocación social. Ese nuevo pacto incluiría respetar el papel de las grandes corporaciones en esa necesaria transición ecológica que, a cambio de inversiones públicas, facilitarían la rentabilidad del capital privado a cambio de que rebose una parte de esa ganancia hacia la mayoría social precarizada. En eso consiste el Green New Deal y hemos de decir de forma clara que no resuelve el problema de un capitalismo maduro. Ni siquiera esa transición verde sería suficiente como solución capitalista a la crisis capitalista.

Una prueba de ello es que las pulsiones para exprimir a la clase trabajadora para buscar nuevos ciclos de acumulación continúan. Se concretan a nivel institucional en la nueva vuelta a la mal llamada austeridad a nivel de la Unión Europea con reglas fiscales que, aunque podrían ser cualitativamente mejores que las existentes hasta ahora e introduzcan algo de racionalidad de sus argumentos y mayor flexibilidad en su aplicación, seguirán manteniendo límites del 3% de déficit y del 60% de deuda sobre el PIB, presentes en el

Procedimiento de Déficit Excesivo (PDE), desfasados, arbitrarios y que no tienen ningún fundamento económico. En definitiva, no se aleja con el nuevo Pacto de Estabilidad y Crecimiento una fase depresiva del ciclo económico.

Por supuesto que la forma diferente de abordar la crisis en estos últimos cinco años ha sido positiva para la clase trabajadora porque en el Estado español se ha tejido una red de protección, un escudo social para la ciudadanía más afectada que ha permitido preservar el tejido económico y el empleo. Las medidas de mantenimiento de rentas han llegado a proteger a 7,2 millones de trabajadoras y trabajadores, casi un 31% de la población activa durante la pandemia. Es evidente que la presencia en el gobierno de Unidas Podemos antes y de Sumar en la actualidad, y especialmente el papel que ha jugado Izquierda Unida en las instituciones, ha supuesto una respuesta radicalmente opuesta a la que se hubiera implementado sin nuestra presencia. De hecho, la intervención pública auspiciada redistribuye rentas en España para favorecer a la mayoría social. En concreto, los impuestos y las prestaciones sociales redujeron la desigualdad un 35% en 2021 y el 60% de hogares con menor renta fueron de hecho beneficiarios netos de esa intervención, percibiendo un subsidio efectivo.

Además, en este periodo el Gobierno de coalición ha subido el salario mínimo más de un 54%, lo que supone un trampolín para los salarios más bajos. Los sectores en los que más han subido los salarios son justo los que tienen mayor porcentaje de sus trabajadores en el decil más bajo de renta. En términos salariales, a partir de la información de los deciles salariales de la EPA, el mayor incremento salarial acumulado en el periodo 2018-2022 se concentra en los que menos salario perciben. Esta evolución está ligada al ritmo de crecimiento que ha experimentado el SMI en el mismo periodo, y destaca que la mejora salarial se concentra en la parte baja de la distribución de salarios, a diferencia del periodo anterior, 2008-2018, donde el mayor incremento salarial lo experimentaron los deciles medios y altos. Y los asalariados que más aumentan sus salarios son las mujeres (13,7%), quienes trabajan a tiempo parcial (19,6%), la juventud (20,5%), quienes tienen un contrato temporal (21,2%), quienes tienen estudios primarios (21,7%) y las personas de nacionalidad extranjera (22,1%). La mejora salarial se ha hecho compatible con la creación de empleo porque cabe destacar que España ha sido el país donde más empleo asalariado se ha creado entre los años 2018 y 2022 en los países de la UE, en cifras absolutas, por encima de países como Alemania, Francia o los Países Bajos.

Pero incluso teniendo en cuenta el efecto enormemente positivo de las medidas hasta ahora adoptadas, tenemos que tener en cuenta que son insuficientes para hacer frente a las necesidades y a los retos que necesitamos responder.

Según cálculos del Banco Central Europeo, el peso de los salarios en la renta nacional ha caído en torno a 10 puntos porcentuales en las últimas décadas en la Eurozona. Esta es una evolución común en la mayoría de las economías europeas. En los países OCDE, entre 1990 y 2018, la erosión en la cobertura de la negociación colectiva ha conllevado una distribución de la renta más escorada hacia las rentas del capital, en detrimento de los salarios. Coincide con la evolución en España y también con los análisis del propio Banco de España, que constataba que en 2022 los beneficios empresariales crecieron siete veces más que los salarios. Si los beneficios de las empresas no financieras fueron elevados, los de la banca destacaron aún más. Es evidente que, con el marco existente, la capacidad de las empresas –sobre todo las más grandes– de extraer plusvalía se ha perfeccionado.

A pesar de la importante creación de empleo y el impacto positivo de la reforma laboral, tendremos una tasa de paro del 11,2% a finales de 2024, un nivel todavía muy elevado en comparación europea. Aunque los salarios más bajos han subido cuatro veces más que los altos en los últimos cinco años, la fiscalidad sigue siendo una debilidad para avanzar hacia una menor desigualdad. El 1% más rico paga menos impuestos sobre su renta que el 20% más pobre. Ese 20% más pobre de la población soportó un tipo efectivo medio del 28,2%, cifra que fue subiendo poco a poco hasta el máximo del 39,9% que se registró para el grupo de centiles que oscilan entre el 91 y el 99. Aquí termina la progresividad, porque al llegar al centil número 100 –que son los 189.000 hogares más ricos del país– el tipo efectivo cayó al 23,9%, el más bajo de todos. En definitiva, el sistema fiscal sigue adoleciendo de insuficiencia de ingresos, falta de equidad y la elusión y fraude que se concentra en los que perciben elevadas rentas y poseen cuantioso patrimonio.

Incluso con un cambio de políticas más favorables a la mayoría social, la desigualdad y la precariedad siguen siendo lacerantes, por lo que dicho cambio de políticas sigue siendo insuficiente para evitar las próximas crisis que, sin duda, vendrán.

El capitalismo no es reformable porque sus problemas los provocan las propias leyes que lo rigen. Unas leyes que lo llevan inexorablemente a una trayectoria cada vez más contradictoria, que provoca una destrucción económica y regresión social incompatibles con la preservación de las conquistas democráticas. Es decir, provoca una sistematización cada vez mayor de procesos de destrucción de fuerzas productivas. Por eso, además de entender la noción de crisis asociada a los momentos de interrupción del proceso de acumulación, que se expresan en la caída o estancamiento del PIB, necesitamos caracterizar el significado de la ausencia de periodos intermedios realmente expansivos.

Sabemos lo que hay que hacer: erosionar y superar el capitalismo

Si el planeta tiene recursos limitados, no se puede crecer de forma ilimitada. Y para esto no tiene respuesta el capitalismo. Nosotras y nosotros sí. El desafío que tenemos es asegurar una vida materialmente segura, digna y sentida como vida buena a la vez que compatible con la realidad de un planeta desbordado y en proceso de cambio. Porque es evidente que, si las personas se ven obligadas a elegir entre supervivencia económica en el corto plazo y supervivencia ecológica y económica a largo plazo, se dará prioridad a la primera opción y se hará imposible alcanzar la segunda.

Para asegurar esas vidas dignas y hacerlas compatibles con las limitaciones de nuestro ecosistema, tenemos que hablar de decrecimiento, no como una alternativa, sino como una realidad que hay que afrontar. Porque es un hecho que hay recursos para que todo el mundo pueda vivir en buenas condiciones y dentro de los límites que nos impone el planeta. Usando entre un 10 y un 40% de la energía que hoy se emplea, todo el mundo podría vivir con dignidad, pero eso exige poner fin a la desigualdad y realizar un trasvase de riqueza de las clases dominantes a las clases trabajadoras. Es evidente que la gestión de la escasez por parte del mercado solo generará más desigualdad e insostenibilidad. La situación que estamos viviendo va a forzar a la inmensa mayoría de la clase trabajadora y de los sectores populares a buscar una alternativa. Y en la izquierda tenemos el reto de poner sobre la mesa propuestas que sean realistas, no un utópico capitalismo de rostro humano que es incompatible con la propia naturaleza del sistema.

La transformación que propugnamos exige un Estado con un poder público fuerte, democrático y participativo, que intervenga para garantizar los derechos y proteger particularmente los derechos de la mayoría social trabajadora para establecer servicios públicos de calidad y universales, que garanticen el derecho a la educación, el derecho a la salud, el derecho al trabajo, el derecho a la vivienda, el derecho al ocio; para redistribuir la riqueza y las oportunidades. El modelo productivo y reproductivo de nuestro país debe reorientarse de modo que disminuya su huella ecológica, sea resiliente ante la crisis climática y la emergencia ecosocial y cubra las necesidades sociales. Deberá estar orientado hacia la priorización de la producción orientada a la satisfacción de las necesidades, la relocalización y cercanía de la actividad económica que produzca los bienes necesarios para hacerlo, el redimensionamiento de los sectores altamente vulnerables por su alta dependencia de la energía fósil y de bienes escasos, altamente contaminantes o emisores y la protección a los trabajadores y trabajadoras en riesgo.

En este marco, el marxismo sigue siendo válido para analizar la realidad económica, social y política y conformar una alternativa integral. Nuestra tarea

es erosionar el capitalismo y al mismo tiempo ir construyendo el bosquejo de la sociedad socialista a la que aspiramos. Este propósito debe arraigar en la lucha por las necesidades inmediatas y, al mismo tiempo, debe construir una vocación superadora del capitalismo.

En definitiva, apostamos por otra forma de producir y distribuir los recursos con la que se garantice a todo el mundo una vida buena y digna, con alimentación, vivienda, sanidad y educación dentro de los límites del planeta.

2.2. La crisis del sistema internacional

La XIII Asamblea Federal de Izquierda Unida se desarrolla en un marco global caracterizado por diferentes crisis superpuestas. La crisis económica que acabamos de repasar está estrechamente ligada, como veremos, con la crisis ecosocial, pero también con la crisis de un sistema internacional que está en jaque por la violencia imperialista en diferentes lugares del mundo. Y de manera, más cercana, con la crisis del proceso de integración regional europeo como consecuencia del avance de posiciones reaccionarias que cuestionan los derechos humanos y la propia democracia liberal-representativa.

Darle la vuelta a una Europa reaccionaria

La guerra en Ucrania ha convertido nuestro continente en un tablero para el enfrentamiento geopolítico entre potencias que se disputan la hegemonía. La invasión rusa del territorio ucraniano es una vulneración del derecho internacional que ha puesto de relieve que las normas que regían la estabilidad en el continente europeo, nacidas durante la Guerra Fría, llevaban demasiado tiempo obsoletas. La expansión hacia el este de la OTAN, una estrategia clara de los Estados Unidos en las últimas décadas, ha generado una escalada armamentística en nuestro continente y ha multiplicado la presencia de tropas. Pero también ha jugado un papel claro en ligar de forma nítida el proyecto de integración regional europeo con los intereses imperialistas estadounidenses. Esta guerra está siendo instrumentalizada por quienes gobiernan la Unión Europea para imponer un modelo de seguridad belicista y alineado con los intereses de la industria armamentística, lo opuesto del concepto de *seguridad humana* definido por las Naciones Unidas y que nuestra organización defiende.

El marco de la guerra también está siendo utilizado en la Unión Europea para imponer un discurso conservador construido desde el miedo. Un discurso que plantea una falsa escasez –que no es otra cosa que la concentración de toda la riqueza en las manos de unos pocos– para poner en marcha las políticas reaccionarias que requieren generar este clima de inseguridad como el cierre de fronteras o la transferencia de recursos de los servicios públicos al área de

seguridad. En este marco, la izquierda europea tiene enormes dificultades para desarrollar una narrativa que le permita hacer políticas diferentes. El señalamiento e incluso criminalización de quienes proponen salidas diferentes a la guerra en Ucrania a seguir alimentando la espiral bélica ha dificultado enormemente el trabajo de la izquierda, que ya era prácticamente residual en la mayor parte de los países del antiguo bloque del este.

Las diferentes pulsiones e identidades existentes dentro de la izquierda europea no han conseguido ser bien articuladas en un sujeto único, también por las diferencias entre diferentes partidos a escala nacional en los diferentes países. A esta división histórica se ha sumado nuevos partidos que, pese a tener sus raíces en la izquierda, actúan dentro del marco del miedo que se ha convertido en hegemónico, aceptando sus discursos en cuestiones como la migración o los derechos de las personas LGTBI. En ese sentido, nuestra apuesta pasa por seguir reforzando los espacios más unitarios como son el Partido de la Izquierda Europea y el Grupo de La Izquierda en el Parlamento Europeo desde nuestras posiciones políticas de confrontación con el marco de las derechas y el social-liberalismo. Es necesario convertir estos espacios en actores más unidos y cohesionados en torno al programa político para convertirlos en verdaderamente útiles y con mayor capacidad de intervención en los conflictos que –como vemos con la reciente oleada de movilizaciones del sector agrícola– tienen cada vez una mayor dimensión europea.

La pulsión militar de esta Unión Europea se construye desde la alianza intrínseca con la OTAN, por lo que la idea de que la creación de un ejército europeo puede contribuir a mayores niveles de soberanía está en las antípodas de la realidad. En este momento la Unión Europea demuestra su verdadera naturaleza a través de medidas como el apoyo al gasto armamentístico para que no compute entre los objetivos de déficit mientras sí lo hace la inversión en derechos como la salud. Este cambio de ciclo después de un periodo de mayor expansión del gasto público tras la pandemia del coronavirus pone de relieve que se trata de un proceso de integración concebido para la imposición de políticas neoliberales, cuyas instituciones tienen un déficit democrático evidente y que se construye desde un marco que favorece las lógicas competitivas internas que implican rebajas en derechos sociales y laborales. Nosotros y nosotras sí defendemos un proceso de integración regional europeo, pero uno que se construya desde una lógica de solidaridad y cooperación conjunta contra los grandes retos de este tiempo. Se equivocan quienes creen que se puede dar solución a toda la problemática vinculada a la crisis ecosocial y sus derivadas exclusivamente desde dentro de las fronteras del Estado-nación.

Las políticas neoliberales y racistas que implementan los partidos de la derecha tradicional junto a la socialdemocracia en la Unión Europea y el papel

creciente de la extrema derecha son vasos comunicantes. Por ello, es imprescindible la apuesta por profundizar la acción conjunta con nuestras organizaciones aliadas en todo el continente para trabajar un marco europeo al servicio de las mayorías. La Unión Europea es una entidad que sigue en proceso de configurarse políticamente y nuestra oposición al modelo no puede llevarnos a inhibirnos de los debates que se están produciendo. Además de la militarización, la política migratoria o el impacto negativo que tiene la política europea sobre nuestro sector agrícola, otro de los grandes ejes de los próximos años serán las políticas de ampliación.

La Unión Europea se constituye así de forma abierta en un actor geopolítico en el continente cuyo principal objetivo es construir hegemonía frente a la posición de Rusia. De este modo se plantea de forma constante la adhesión de países como Ucrania o Moldavia, cuya entrada en la Unión Europea tendría un impacto inmenso a nivel de distribución interna de los recursos, además de los problemas derivados de los estándares democráticos o la prevalencia de la corrupción en estos países. Entendemos que, pese a que cualquier país puede pretender de forma democrática adscribirse al bloque que considere, la Unión Europea no puede consolidarse como un factor de desestabilización en los confines orientales del continente y además debe trabajar para preservar unos mínimos comunes en cuanto a democracia y derechos humanos a nivel interno que ya se ven seriamente amenazados por los gobiernos de la extrema derecha.

Por ello, España debe utilizar el poder que le otorga su peso específico dentro de la Unión y nuestro gobierno para bloquear las políticas más lesivas dentro del Consejo. Nuestra configuración de gobierno es una excepción en un mapa muy conservador que nos otorga la responsabilidad de demostrar que hay otras vías posibles al neoliberalismo, la xenofobia y el belicismo. Por ello, es imprescindible la articulación de nuestra crítica estructural a la Unión Europea con nuestro internacionalismo que nos lleva a tejer alianzas con fuerzas de todo el continente.

Nuestro lugar en un mundo en crisis

Vivimos en un mundo en el que la multipolaridad ya es una realidad que avanza, pero en el que el principal polo imperialista, los Estados Unidos, continúa actuando como si fuera una fuerza hegemónica que puede imponer su voluntad globalmente mediante la vía militar. Existe por su parte una voluntad clara de vaciar de contenido las instituciones del sistema internacional nacido tras la Segunda Guerra Mundial, sustituyéndolos por un sistema construido mediante bloques militares que reivindica el uso de la guerra como herramienta de política internacional. Nuestra apuesta decidida por la paz es precisamente una muestra de nuestro compromiso con un

sistema internacional democrático y construido desde los derechos humanos y el derecho internacional frente a quienes pretenden imponer la ley del más fuerte.

Apostamos por la disolución de todos los bloques militares, comenzando por la OTAN, y la política de desarme como camino hacia ese modelo diferente de relaciones internacionales que reconoce el carácter holístico e interdependiente de la seguridad. Dicho de otra forma, alimentar guerras en países terceros tiene un impacto directo sobre todo el planeta, al igual que lo tiene que exista pobreza o falta de acceso a recursos básicos en cualquier lugar del mundo. Nadie está a salvo si no existen unas garantías de seguridad humana para todos y todas.

El auge de la extrema derecha en la Unión Europea no es un fenómeno aislado, y el auge de diferentes líderes reaccionarios en todo el mundo pone de relieve su buena coordinación internacional. Cada vez más, tendemos a un escenario donde los sistemas democráticos se juegan su futuro frente a los reaccionarios. Este es el caso particularmente en América Latina, donde las fuerzas progresistas han tenido que generar alianzas en todo el espectro de las organizaciones democráticas para frenar el avance de la extrema derecha. La situación varía mucho de unos países a otros, pero en este continente hemos visto cómo los países del eje Atlántico norte no han dudado en apoyar a la extrema derecha frente a líderes democráticos cuando esto ha favorecido sus intereses geopolíticos y comerciales, al tiempo que se continúan imponiendo sanciones unilaterales que condenamos como injerencias inaceptables, cuyo máximo exponente es el bloqueo a Cuba.

Sin embargo si hay una región que hoy pueda disputar la hegemonía global del neoliberalismo esa es América Latina, que también ha puesto sobre la mesa modelos de integración regional radicalmente diferentes al europeo, contruidos desde la colaboración y la soberanía popular. Pese a las dificultades que presenta la presencia de gobiernos como el de Argentina, en estos momentos son fundamentales iniciativas que profundicen en la construcción del bloque latinoamericano como pretenden dirigentes progresistas como Gustavo Petro en Colombia o Lula da Silva en Brasil. Además de su propia posición interna de lucha contra las desigualdades en sus países, su contribución a un escenario global más democrático y sin división en bloques es fundamental.

Pese a que es una garantía frente a las relaciones internacionales construidas desde la violencia, el sistema internacional tiene importantes déficits y ha sido incapaz de solucionar muchos de los conflictos más crueles y dolorosos de nuestro tiempo. En Palestina vemos cómo el sistema de *apartheid* y colonización israelí no para de avanzar desde la fundación del Estado de Israel

en 1948. La colonización de tierras, el desposeimiento y expulsión forzosa de un alto porcentaje de la población, y la negación de los derechos de la población palestina en el conjunto de su territorio han sido una constante durante décadas que ahora se ve enormemente recrudecida con un ataque sin precedentes sobre la Franja de Gaza.

En este contexto no sólo defendemos el derecho del pueblo palestino a la resistencia, sino que también reclamamos a nuestro gobierno medidas efectivas para acabar con la impunidad Israel, como la ruptura de todas las relaciones diplomáticas y comerciales con el ocupante. Estos años también hemos visto un recrudecimiento de la ocupación del Sáhara Occidental, donde se sigue librando una guerra silenciada y donde el giro del PSOE en la posición histórica de España ha tenido un impacto terrible. Aquí Marruecos ha podido ignorar las resoluciones e incluso el mandato de la misión de la ONU creada *ad hoc* para la resolución del conflicto sin haber sufrido ninguna consecuencia. Nuestro compromiso con la autodeterminación del pueblo saharauí y su derecho a tener un estado propio está fuera de duda y constituye un eje importante de disputa.

También se suceden conflictos armados en otros lugares del mundo, como Yemen o Mali en los que los países europeos y Estados Unidos intervienen de forma directa o a través de terceros para salvaguardar sus propios intereses. Esta realidad pone de relieve que, décadas después de que este terminara de forma nominal, el colonialismo sigue vivo como sistema de imposición y regulación de relaciones internacionales. La defensa de intereses geopolíticos mediante la guerra, el expolio de recursos naturales y la diferencia en cuanto a derechos en función del origen que siguen existiendo son sus consecuencias más duras. En Izquierda Unida apostamos por un verdadero respeto a la soberanía popular que ponga fin a este modelo y por articular mecanismos para impedirlo. Es imprescindible una democratización del sistema de Naciones Unidas que empodere a la Asamblea General como máximo órgano y articule mecanismos que no permitan que las resoluciones se ignoren de forma sistemática.

Uno de los principales problemas que existen hoy en el marco del sistema de Naciones Unidas es el derecho a veto que tienen el Reino Unido, Francia, Estados Unidos, Rusia y China. Esto hace que el sistema se construya desde una asimetría entre países que refleja una correlación de fuerzas que hoy no es real. La crisis que atraviesa el sistema internacional es una oportunidad para su reformulación, articulando nuevas alianzas entre países que comparten retos de tanto calado como los que pone sobre la mesa la crisis ecosocial.

El actual modelo agotado tiene su reflejo económico en relaciones de dominación a través del acaparamiento de tierras y recursos o la imposición de

herramientas que, como el Franco CFA, permiten controlar las economías de países africanos desde Europa. Pero también lo tiene en un modelo de relaciones comerciales insostenible, con cadenas de distribución demasiado largas y sin respeto alguno a los derechos de los productores en los países de origen o en los de consumo. Por ello, nuestra propuesta de democratización de las relaciones internacionales es también incompatible con el modelo neoliberal de mercados globales dominado por un puñado de multinacionales y plantea también un cambio en las relaciones económicas y comerciales que les haga verdaderamente sostenibles a nivel social y medioambiental.

2.3. La crisis ecológica-planetaria

La Tierra encadena 12 meses por encima de los 1,5 °C de calentamiento global. Las corrientes oceánicas, que desempeñan un efecto fundamental sobre el clima, están debilitándose y reduciendo de manera preocupante su velocidad. En concreto, la Circulación Meridional de Vuelco del Atlántico se encuentra en un punto de inflexión crítico según la comunidad científica. Y siete de los nueve umbrales que permiten la vida humana sobre la Tierra ya han sido sobrepasados.

En Izquierda Unida entendemos que es clave articular un discurso y plantear una alternativa política alrededor de una agenda de propuestas, sinergias y acciones con la mirada puesta en vivir mejor dentro de los límites biofísicos del planeta, con justicia social y democracia.

Es decir, construir una propuesta ecosocial transformadora que, desde un documento de mínimos plantee una alternativa real y factible desde parámetros de decrecimiento y que sirva de elemento de partida para impulsar un tejido social y político que vaya más allá de lo institucional: un bloque histórico construido desde abajo, del que todas podamos sentirnos parte, para lo que también requerimos avanzar en el ámbito teórico y así conciliar las diferentes corrientes (como el decrecimiento, el ecosocialismo, etc.) y como herramienta que ayude a superar las contradicciones que la transformación que planteamos lleva aparejadas.

Si históricamente se ha vinculado el bienestar con el crecimiento económico, debemos dejar atrás indicadores capitalistas como el PIB o la renta per cápita y otorgar la centralidad a la evaluación social de la actividad económica derivada de los empleos y trabajos más esenciales para el sostenimiento de la vida. En una propuesta decrecentista justa, deberemos diferenciar trabajo y empleo, conectar trabajo y economía con la materialidad de la tierra completamente translimitada, comprender que trabajo no es empleo y que cada vez más gente esté excluida a los márgenes de la vida.

Los monocultivos del turismo, la construcción, la automoción, las grandes infraestructuras, son bases económicas fundamentales de la economía española que tienen que ser revisadas y, en esa revisión, deberemos recuperar otros conceptos que tienen que ver con lo comunitario, con las labores del campo y del monte, de la atención social y los cuidados, del mantenimiento y la rehabilitación. La reforma agraria y el reparto de la tierra también como manera de disponer de medios de vida suficientes.

También deberemos anticipar algunas cuestiones. Relocalización de la economía, priorización de sectores y bienes, redistribución de la riqueza haciendo dialogar la renta básica universal, las propuestas del trabajo garantizado y la reducción de la jornada laboral. Introduciendo también una mirada internacionalista que permita analizar y modificar en qué medida las personas trabajadoras del norte se benefician de una superexplotación en el sur global. Debemos ser realistas y decir lo que hay y lo que viene, para también reconfigurar el deseo inducido de consumo y las expectativas de querer satisfacer las falsas necesidades creadas por el sistema.

Necesitamos abordar un modelo energético integral que permita dar respuesta a las necesidades sociales dentro del marco actual. Analizar qué avances en política energética a nivel local son clave para promover cambios que la sociedad asuma como propios. Debemos interiorizar que es fundamental reducir el consumo energético, ser creativo y creativas con las oportunidades que ofrece el sistema como el Pacto Verde Europeo y los Fondos de Recuperación para hacer acción climática y, a la vez, mantener cautela con los impactos posibles y actuales en el mundo rural, por ejemplo. Necesitamos anticipar las contradicciones en nuestro discurso y propuestas, entre las que se encuentra –y no es menor– la dimensión geopolítica de la Transición Ecológica que transforma nuestra dependencia de combustibles fósiles a una multidependencia de diversas materias primas.

La propia dinámica del capitalismo neoliberal de concentración de capital y de recursos humanos para su explotación con el mínimo de costes y el máximo de beneficios ha ido provocando el éxodo masivo de la población del medio rural a los centros urbanos y ha supuesto el vaciado del territorio de un tejido industrial y agroganadero a pequeña y mediana escala que daba opciones de vida en los pueblos. Es urgente un cambio de modelo agroalimentario que deje de concentrar en macroproyectos insostenibles para la sostenibilidad económica y ambiental la industria, las líneas de distribución y comercialización y la red de transportes, y que descentralice el sistema de producción de forma extensiva en el medio rural. El objetivo en última instancia debe ser la sostenibilidad social, económica y medioambiental, asumiendo retos como la seguridad y soberanía alimentaria, la preservación medioambiental, la lucha contra el cambio climático y la resiliencia frente a

sus efectos, la revolución tecnológica y digitalización o la transición energética hacia las energías renovables.

El ecosocialismo, el único camino

La transformación que propugnamos exige un Estado con un poder público fuerte, democrático y participativo, que se proponga intervenir para garantizar los derechos; para proteger particularmente los derechos de la mayoría social trabajadora; para establecer servicios públicos de calidad y universales, que garanticen el derecho a la educación, el derecho a la salud, el derecho al trabajo, el derecho a la vivienda, el derecho al ocio; para redistribuir la riqueza y las oportunidades. Para ello, es ineludible una verdadera planificación democrática de la economía que ponga la prioridad en las necesidades sociales de la economía y que tenga en cuenta los límites que la naturaleza nos impone.

En esta planificación democrática se debe incluir en qué condiciones, con qué materiales y con qué energía se desarrollan estas actividades y por supuesto cuál es el impacto sobre el entorno y las generaciones futuras que tienen. Para recuperar esta herramienta debemos acometer, las siguientes tareas:

- Investigación y formación. Necesitamos recuperar el gran conocimiento generado durante todo el siglo XX y adaptarlo a los avances científicos y técnicos que se han producido en las últimas décadas para disponer de una propuesta solvente y viable.
- Trabajo programático. Es necesario incorporar a los programas electorales en todos los ámbitos y candidaturas en las que concurrimos propuestas concretas y enfocadas a retos y problemas específicos de planificación democrática.
- Trabajo institucional. Debemos ser capaces de implementar en las instituciones y especialmente a aquellas en las que ejercemos tareas de gobierno nuestras propuestas de planificación, demostrando que aportan soluciones para nuestros problemas de hoy.
- Trabajo de concienciación. Debe ser una prioridad afrontar décadas de propaganda contraria a estos instrumentos para trasladar a la población la importancia de recuperar la capacidad de tomar decisiones sobre aquellos elementos que tienen una importancia crucial en nuestras vidas y que hoy están en manos, no ya del mercado, sino de una oligarquía económica.

En definitiva, tenemos que liderar las propuestas transformadoras que eviten un *cambio sin cambio*, planteando una salida de la crisis que no solamente ponga en la mesa propuestas asistenciales o de ayudas que dejen intacto el sistema. Nuestra apuesta es el socialismo, afirmamos de nuevo. En

consecuencia, defendemos la participación, intervención y planificación democrática del Estado en la economía y la necesidad de reivindicar la nacionalización de sectores y empresas que son consideradas estratégicas para el país. Un punto que, de hecho, ya viene recogido en la Constitución española.

2.4. La crisis de la organización social

Las nuevas tecnologías relacionadas con internet supusieron una revolución *civilizacional* a la altura de la invención de la escritura y la imprenta, aunque todavía es pronto para que podamos ver con claridad la profundidad de su impacto histórico. Estas nuevas tecnologías han influido en el conjunto de la sociedad, desde la economía a nuestra forma de relacionarnos. Hay patrones en esta forma de relacionarnos que están profundamente arraigados, pero otros están siendo modificados. La política está en la gente, por lo que ningún cambio en su forma de vivir nos es ajeno.

Las nuevas tecnologías han profundizado una crisis de autoridad en todos los ámbitos de la sociedad. El acceso inmediato a todo tipo de información ha devaluado la autoridad de quienes ostentaban una posición privilegiada en términos de legitimidad. El caso más evidente lo encontramos en el ámbito político, pues la autoridad de los políticos y las políticas, las instituciones y la propia democracia está en mínimos históricos. La democracia no satisface las necesidades vitales de la ciudadanía, los políticos y las políticas por norma general no defienden los intereses de las mayorías y la política no es un instrumento útil para lograr cambios reales. Esta es, al menos, una percepción generalizada que explica la crisis del sistema liberal-representativo. Se trata de una tendencia de décadas que viene profundizándose durante los últimos años.

Sin embargo, la crisis de la autoridad política no es la única, y puede que ni siquiera la más importante. Esta crisis de la autoridad tradicional es transversal y la podemos encontrar en todos los ámbitos de la sociedad en los que nos desenvolvemos. La encontramos en el cuestionamiento de los roles de la familia tradicional: antes la autoridad de padres y madres, especialmente del padre, sobre los hijos y las hijas era incuestionable, ya no. La encontramos en el cuestionamiento de los roles de la enseñanza: el alumnado es más descreído respecto al papel de los profesores y las profesoras. La encontramos, qué duda cabe, en el cuestionamiento de la información: la autoridad de los medios de comunicación clásicos está por los suelos. Y así sucesivamente.

La autoridad tradicional, jerárquica y en ocasiones reverencial, está en crisis. Esta crisis en el ámbito político se expresa de manera particular en una crisis

de intermediación. Los instrumentos de intermediación que antes vehiculaban la política se encuentran en crisis: los partidos, los sindicatos y los medios de comunicación, entre otros. El problema es que las alternativas a estos instrumentos tradicionales de intermediación no solo no están siendo más positivos, sino que en demasiadas ocasiones están siendo más nocivos.

La horizontalidad de la información, principalmente a través de las redes sociales, no está ayudando a frenar la proliferación de bulos. El vínculo directo de los hiperliderazgos con la ciudadanía no está democratizando las organizaciones políticas y sociales. El cuestionamiento de las élites científicas y académicas no está facilitando el acceso popular al conocimiento. La crisis de autoridad en general y de intermediación política en particular no traen necesariamente avances positivos. Al contrario, en términos generales parece que facilita la extensión del populismo reaccionario, de los bulos y el negacionismo. Si la autoridad democrática-representativa ha muerto, todo está permitido.

Es en este contexto en el que apostamos por reforzar la organización. Actualmente el viento todavía sopla en la dirección contraria, pero cada vez se irá evidenciando más la necesidad de estrechar vínculos sólidos, pues solo estos pueden sentar las bases para los cambios reales. Las nuevas tecnologías en general y las redes sociales en particular son imprescindibles. Debemos seguir renovando nuestras formas de participación política, aprovechando todas las innovaciones tecnológicas disponibles. Sin embargo, esto no es incompatible con reforzar, al mismo tiempo, la esencia político-organizativa de la izquierda transformadora: la construcción de espacios de socialización con dinámicas, ritmos y métodos de participación propias.

2.5. La crisis de los cuidados

Las feministas señalan desde hace décadas que el mundo vive una crisis multidimensional, que tiene en la crisis de cuidados uno de sus máximos exponentes. Si entendemos los cuidados como un eje central de las políticas públicas, no podemos ignorar que estos se dan en permanente crisis, en un contexto en el que la transformación de las estructuras tradicionales, con el modelo de familia a la cabeza, ha estallado. Queda lejos el modelo, que era norma, de familia nuclear, obligada en el siglo XIX y XX, que imponía bajo el salario familiar aquella idea de que el hombre al trabajo y la mujer en casa – varón sustentador y ángel del hogar –, separando el mundo en dos esferas – público/privada y productiva/reproductiva –, indispensables para que la división sexual del trabajo funcionara al ritmo que el capitalismo marcaba.

Este modelo de familia, que ha sostenido durante siglos la violencia contra las mujeres, se transforma hoy en un modelo de dos sustentadores –mujer y hombre–, también violento con las mujeres, que ven cómo todo el trabajo

invisible de cuidados que se debe seguir haciendo, porque es indispensable para la vida misma, sigue recayendo sobre ellas al tiempo que sus precarias jornadas laborales se vuelven interminables. La respuesta de los hogares a las tensiones generadas por la presión de cuidar ha sido la externalización de los cuidados –cuando se lo pueden permitir–, que pasan a inscribirse en los circuitos de la globalización debido a la contratación generalizada de cuidadoras extranjeras. Y es aquí donde las cadenas globales de cuidados se hacen protagonistas, de la mano de nuevas cuidadoras –siempre mujeres– que cuidan aquí a quien no puede dejar de ser cuidado, en un contexto además de envejecimiento de la población, mientras nadie cuida de sus familiares en casa. La división sexual del trabajo sigue funcionando como un reloj, al ritmo que el capitalismo marca.

3. NUESTRO PAÍS EN CRISIS

3.1. La evolución de la crisis de régimen

El concepto de «crisis de régimen», en boga especialmente durante los años 2013, 2014 y 2015, servía como traducción española del concepto gramsciano de «crisis orgánica». Con él, se enunciaba una ruptura más profunda que la crisis de hegemonía, la condensación de dicha ruptura a varios niveles: el social, el cultural, el político y el institucional. La crisis económica expulsó a amplios sectores del frágil consenso social, estos se desprendieron de las viejas ideas que articulaban el consenso cultural y eso acabó traducándose en la ruptura del consenso político, que se tradujo en la aceleración de la crisis institucional, esta con algunos ritmos y particularidades propias.

La evolución de la crisis económica (no tanto de sus indicadores «objetivos» como de sus implicaciones «subjetivas»), el agotamiento del empuje social, el reajuste del escenario político o la preeminencia de la cuestión «nacional», son algunos de los factores que explican la evolución de esa crisis de régimen hacia una crisis de Estado. Hablamos de crisis de Estado porque las grandes contradicciones del régimen se libran exclusivamente en su interior, en el ámbito institucional, acabando en la mayoría de las ocasiones en un enquistamiento institucional. Este enquistamiento es el resultado de una doble debilidad. Por un lado, las izquierdas y la sociedad civil no somos capaces de empujar las contradicciones para imponer una resolución democrática y, por otro lado, el Estado es incapaz de neutralizarlas completamente a través de la integración –o el aniquilamiento–.

En un momento en el que se producía una tímida apertura hacia soluciones políticas al encaje de las diversas realidades territoriales, para avanzar hacia relaciones más fraternas entre pueblos en nuestro país, ha aumentado la intensidad de la reacción desde un Estado profundo, antidemocrático, independizado de la ciudadanía, ejemplificado en un poder judicial determinado a seguir tensando las costuras de las instituciones al servicio de un proyecto reaccionario de país, y frente al que es necesario articular una respuesta organizada, plural, democrática y territorialmente diversa.

Y a pesar de ello, se ha establecido un diálogo complejo entre territorios y fuerzas políticas procedentes de diversas tradiciones, conformando una suerte de bloque democrático basado en la plurinacionalidad, en el que derechos sociales y derechos nacionales van íntimamente vinculados y que, por tanto, está profundamente relacionado con el proyecto de país al que aspiramos.

Vivimos inmersos en una realidad mestiza, marcada no solo por la plurinacionalidad, el plurilingüismo y la multiculturalidad inherente al Estado español, sino también por una asimetría territorial, donde algunos territorios ejercen de fuerza centrípeta atrayendo hacia el centro los recursos y, finalmente, también la población, mientras que otros no pueden garantizar los derechos de ciudadanía más elementales; y una asimetría política en la conformación de las estructuras del Estado, con una administración local infrafinanciada y demasiado a menudo desatendida, a pesar de ser la primera línea en la lucha contra la vulnerabilidad extrema en que vive una parte importante de la población.

En este contexto, la apertura de vías de solución y diálogo entre pueblos y la ciudadanía más organizada, el camino hacia la solución de algunos de los conflictos políticos que han marcado los últimos años, como el relacionado con la relación entre Catalunya y España, es vista por ese estado profundo como una amenaza a su proyecto de país reaccionario.

Como hemos visto con especial claridad durante los últimos años, las grandes contradicciones que atraviesan la crisis de Estado tienen una difícil resolución «reformista», pues todas ellas implican un profundo desgarramiento en las entrañas del régimen: el modelo territorial, tanto para afrontar los retos inherentes de la realidad plurinacional como de la España abandonada (víctima de primer orden del centralismo), la democratización de algunos de los aparatos estatales como el judicial o la propia institución monárquica son algunos ejemplos. Y, sin embargo, el problema de la monarquía no es solo interno, pues no bastaría con una reforma en clave de regeneración: el problema de la monarquía es que es el broche de todas las debilidades del propio Estado en tanto que es la representación última de la organización de los poderes en nuestro país.

Así pues, hablar de crisis, sea crisis de régimen o crisis de Estado, es hablar de republicanismo, pues este debe ser un proyecto de renovación plurinacional-popular que, en última instancia, debe «hacerse Estado» (en el sentido más amplio del término) como tarea ineludible en el proceso de consolidación del «bloque histórico».

3.2. Nuestro proyecto de país: a por la Tercera República

En Izquierda Unida recogemos con orgullo el hilo rojo de la tradición emancipatoria en nuestro país y, muy especialmente, la bandera tricolor. Sería un error desprenderse de él, pero además sería un ejercicio estéril, pues no podemos hacer política partiendo de un folio en blanco o en un espacio etéreo ajeno a las particularidades que los surcos de la historia dejan con tesón tras de sí. La estrategia populista que trata de desprenderse de todos los

elementos que puedan suponer una rémora ideológica se demostró errónea no solo por cortoplacista, sino por ineficaz. La trayectoria de Ciudadanos es un ejemplo paradigmático del imposible liberalismo español, es decir, de cómo un proyecto político acaba basculando hacia las bases sociales y culturales más sólidas sobre las cuales puede apoyarse. Nunca es, solo, una cuestión de voluntad, como ejemplifican la deriva derechista de Ciudadanos o la deriva izquierdista de Podemos.

Un republicanismo que pretendiera partir de cero sobre la base de significantes «vacíos» y «ganadores» podría tener un relativo recorrido a corto plazo, pero estaría condenado al fracaso porque, incluso en el mejor de los escenarios posibles, podría ser fácilmente neutralizado a través de la integración. No hay atajos posibles: el republicanismo debe ser un proyecto profundo e integral de sociedad política que interpele al conjunto de contradicciones y poderes del Estado (siempre desde una lectura amplia del concepto, nunca «instrumentalista») y arraigue en las bases emancipatorias del hilo rojo y tricolor.

Ahora bien, de nada sirve evitar la tentación populista si caemos en su contraparte izquierdista-historicista. Podemos afirmarlo con claridad: el eje central de un republicanismo español verdaderamente popular no puede ser el reconocimiento de una etapa y un proceso histórico que sirven como pulsión movilizadora únicamente a una minoría militante. Ese republicanismo quedaría reducido a un movimiento memorialista que, siendo este imprescindible, es otra cosa distinta. Imprescindible, complementaria, pero distinta. El principal problema de esta tentación izquierdista es que acaba reduciendo el republicanismo a una propuesta maximalista, esto es, al resultado de la frustración por incapacidad que busca poco menos que un milagro. Es una respuesta lógica, por fácil y accesible, pero errónea, pues solo consigue aumentar la distancia entre las clases populares y el republicanismo.

Para Izquierda Unida, la tarea es conectar ese hilo rojo y tricolor conformado por las luchas democráticas, populares y emancipatorias con otros elementos que puedan ahormar un proyecto amplio y diverso, pues solo así el republicanismo será realmente popular. Los republicanos y las republicanas y los monárquicos compartimos una debilidad: la ausencia (relativa) de transversalidad. Esto no supone ningún problema grave para la monarquía porque cuenta con poderes más que suficientes para mantenerse por mera inercia, es decir, por la ausencia de una alternativa más sólida. Sin embargo, para los republicanos y las republicanas es un problema mayor. Hablar de republicanismo es hablar de alianzas.

La República como proyecto integral de país, como proyecto de renovación plurinacional-popular

El republicanismo español siempre será mayoritariamente, pero no exclusivamente, de izquierdas. Sin embargo, reducirlo a una propuesta más dentro del catálogo izquierdista sería un ejercicio de autocomplacencia poco honorable. La vocación de un proyecto plurinacional-popular es más ambiciosa, pues pretende ampliar el margen político-institucional y el margen de influencia social.

La fuerza revolucionaria de la izquierda no se puede medir por su beligerancia retórica, estética o identitaria, sino por su capacidad a la hora de hacer suyos el amplio conjunto de injusticias, problemas y anhelos de las clases populares. Es precisamente lo contrario de lo que pregona un izquierdismo vulgar, pues de lo que se trata es de ampliar la lucha política también allí donde las contradicciones inherentes del capitalismo no se expresan de forma explícita, como sí lo pueden hacer en una fábrica o en un parlamento.

Así pues, el republicanismo español no puede ser únicamente una forma de Estado ni la respuesta a la crisis territorial. Nos atrevemos a formularlo de la siguiente manera: la República debe servir para que la clase trabajadora y los sectores populares vivan un poco mejor. Esta debe ser la idea central que atraviese el discurso republicano. El discurso de la izquierda está lastrado en demasiadas ocasiones por una limitación arrastrada por el marketing tradicional que consiste en centrarse en el qué y en el cómo. El discurso republicano debe centrarse, por el contrario, en el por qué y en el para qué. El qué y el cómo nos sumen en una tediosa discusión institucional y jurídica de escaso interés ciudadano. Precisamente, uno de los objetivos es superar esa reducción del republicanismo en dos marcos institucionales: el de la jefatura del Estado y el del encaje territorial. Si la República servirá para que las clases populares vivan un poco mejor, el republicanismo debe ser más amplio e integrador.

Si se asume el republicanismo desde estas coordenadas, las organizaciones políticas republicanas debemos adaptarnos a tamaños objetivos porque una maquinaria electoral, por ejemplo, puede servir para encarar con mayor virtud un ciclo electoral, pero no para construir republicanismo. El principal problema de la izquierda y, no por casualidad, del republicanismo, es que no somos capaces de superar las estrecheces institucionales en las que se encuentra enclaustrada la política. Así pues, la política se encuentra alejada de la cotidianidad de una ciudadanía que, por norma general, repele automáticamente toda manifestación explícitamente política-partidista.

Si nuestra acción política se circunscribe a los ámbitos institucional y electoral seremos incapaces de formar parte de la «experiencia» de las clases populares. Nuestro principal objetivo es la inserción en la cotidianidad de las

clases populares y en la sociedad civil, esto es, en el conjunto de espacios en los cuales se reproduce ideología normalmente de manera aparentemente «apolítica».

Tanto la izquierda como el republicanismo debemos fortalecer nuestras bases sociales. De nuevo, no hay atajos: inserción social y arraigo territorial. A nadie, especialmente en una organización municipalista como Izquierda Unida, se le escapa la importancia del municipalismo en un país como el nuestro. España será republicana cuando haya un militante en 8.000 municipios. Para extender la lucha político-cultural se necesita fortaleza organizativa. Es relativamente fácil colocar unos marcos discursivos en la televisión y en los principales medios de comunicación, pero no lo es desarrollar una política de las «cosas pequeñas» que conforman la vida cotidiana de la clase trabajadora y los sectores populares. El republicanismo debe conectar con las condiciones sociales y elevar todos los problemas, injusticias y anhelos, por mundanos y modestos que sean, a la dimensión «nacional», es decir a la profundamente política.

No se trata de desvelar una verdad, de quitar la venda de los ojos a aquellas personas que, cegadas por las gafas de la falsa conciencia, son incapaces de ver la realidad objetiva. No hay nadie en nuestro país que no relacione la monarquía borbónica con la corrupción o el parasitismo. De lo que se trata es de construir un proyecto alternativo, propio, capaz de generar otros imaginarios, otros afectos y otras perspectivas. La monarquía se encarga por sí misma de generar rechazo, el eje central del republicanismo no pueden ser los defectos de la monarquía. No hay un problema de ignorancia respecto a estos, sino un problema de cinismo que solo puede ser superado por un proyecto republicano atrayente.

República federal, plurinacional y solidaria

Cuando hablamos de republicanismo español como proyecto de renovación plurinacional-popular hablamos, sin duda, de un republicanismo federal, pues no entendemos la República como la mera suma de los distintos territorios con sus respectivas particularidades, lo cual supondría, en la práctica, el reconocimiento de la ausencia de un proyecto propio. España es un país plurinacional y a día de hoy esta afirmación no puede encontrar objeciones en el ámbito de la izquierda. El republicanismo español parte de este reconocimiento y apuesta por un proyecto compartido que va más allá de la suma jurídica de las distintas naciones. Esta segunda parte es la principal tarea pendiente porque no solo nos dirigimos a la población de Catalunya, Euskadi o Galicia, sino que nos dirigimos al conjunto de la ciudadanía de todo el país, pues nuestro proyecto es estatal. Es imprescindible articular alianzas entre la España plurinacional y la España del interior, la abandonada y la rural. La

necesidad de descentralización es uno de los nexos en común. La aspiración de avanzar hacia un país más más justo y más fraterno.

Un país más justo porque el republicanismo redefine el concepto de pueblo, en constante disputa, como la ciudadanía que vive de su trabajo. Frente al patriotismo de las derechas, en Izquierda Unida entendemos que el cariño a nuestro país es el cariño a la igualdad: la base de la democracia. Y un país más fraterno porque el republicanismo significa rebelión y emancipación, la unión de la ciudadanía libre en condición de tal. Porque la libertad exige instituciones sociales que garanticen una base material de existencia para que no sea una ficción jurídica.

No son pocos, ni fáciles, los retos del republicanismo español y de la izquierda: asunción del conjunto de problemas de la ciudadanía, inserción en su experiencia cotidiana, extensión de la lucha político-cultural, construcción de bases sociales sólidas, consolidación de un proyecto integrador de país generador de afectos propios, articulación de alianzas amplias y un largo etcétera. Para Izquierda Unida, el republicanismo es más que una bandera o un eslogan, por eso asumimos estos retos y trabajaremos ajustando nuestros medios para que, más pronto que tarde, España vuelva a ser una República democrática en la que la clase trabajadora y los sectores tengan más derechos y vivan mejor.

3.3. El marco político-estratégico del Gobierno de coalición

El 23 de julio del año pasado logramos frenar in extremis el empuje reaccionario y revalidar, no sin dificultades, el Gobierno de coalición. La segunda edición de este cuenta con bases políticas, institucionales y sociales más frágiles que el primero, pero también cuenta con una oportunidad privilegiada: se enmarca en la crisis de Estado y, por tanto, tiene la posibilidad de librar batallas desde espacios institucionales privilegiados para la lucha. Evidentemente el objetivo más acuciante del Gobierno es la mejora de las condiciones de vida de la clase trabajadora y los sectores populares, pero no solo: el Gobierno de coalición debe asumir como objetivo estratégico la alteración de la selectividad estratégica del Estado, esto es, de sus dinámicas e inclinaciones que hacen que, por norma general, los conflictos se resuelvan de manera beneficiosa para las oligarquías.

Partiendo de este marco estratégico y del trabajo realizado en la Asamblea y en la legislatura anteriores, mantenemos estos cinco objetivos que desde Izquierda Unida intentaremos que el Gobierno de coalición haga suyos:

- Poner en marcha una agenda legislativa de avances que mejoren las condiciones de vida de la clase trabajadora y los sectores populares.

Tras la década de la gestión neoliberal marcada por los retrocesos y la pérdida de derechos, el Gobierno de coalición debe consolidar los avances de la legislatura anterior y conseguir nuevas conquistas que confirmen a nuestro país como una anomalía positiva también en términos de gestión. La mejor manera de confrontar a las derechas radicalizadas es revalorizar la política, y esto solo será posible si demostramos con más determinación que esta puede ser un instrumento útil al servicio de la ciudadanía. Más derechos laborales, un refuerzo de los servicios públicos o un nuevo tejido productivo son algunas de las necesidades de las que el Gobierno de coalición debe hacerse cargo.

Una agenda legislativa de avances transformadores nos permitirá ampliar el margen de maniobra y estrechar alianzas imprescindibles para garantizar la estabilidad del Gobierno y el cumplimiento de su compromiso programático.

- Reforzar la batalla cultural para redirigir el sentido común hacia la izquierda.

Como aprendimos durante la última legislatura, no bastará con una buena gestión de gobierno. Toda la acción de gobierno debe tener el objetivo transversal de avanzar culturalmente hacia posiciones democráticas y populares para combatir la ofensiva reaccionaria. Las derechas se alimentan de un ambiente intoxicado por la antipolítica y la desconfianza colectiva. El Gobierno, sus instituciones y sus avances deben asumir la tarea de reconstruir una visión del mundo y un proyecto de país progresistas.

Así pues, la acción de gobierno no se medirá solo en términos administrativos, sino también en términos culturales: será exitoso si es capaz de redirigir el sentido común hacia la izquierda para acompañar la puesta en marcha de políticas transformadoras y servir como elemento corrector ante posibles retrocesos.

- Avanzar en la construcción de nuestro proyecto de país.

Acabamos de analizar la crisis de régimen y su mutación hacia una crisis de Estado en la que la cuestión nacional y territorial juega un papel fundamental. La única manera realmente efectiva de luchar contra las derechas es confrontando su proyecto de país reaccionario con nuestro proyecto de país integral. Todas las problemáticas y contradicciones que atraviesan el escenario político no solo no son incompatibles, sino que deben ser recogidas y elevadas al proyecto de país republicano que hemos definido. Necesitamos democratizar el Estado para alterar su selectividad estratégica, pero también dotar al republicanismo de una expectativa para vivir mejor.

- Fortalecer los espacios conjuntos de convergencia política, institucional y social.

El Gobierno necesita que Sumar ejerza como una base política y organizativa sólida más allá del ámbito institucional para resistir mejor los ataques de las derechas radicalizadas. La posición institucional privilegiada que ocupa Sumar tanto en el Gobierno de coalición como en el parlamento debe traducirse en recursos para una mayor coordinación estratégica y una consolidación por debajo de los espacios de convergencia.

- Construir alianzas sociales, reforzar los movimientos sociales y articular sociedad civil.

Las bases sociales del Gobierno de coalición son, como hace cuatro años, débiles. La fatiga, la merma de expectativas o la división son algunos de los elementos que explican que la situación por abajo de la bases sociales de la izquierda no sean ostensiblemente mejores que por arriba, en el ámbito político-institucional. Sin embargo, tanto el Gobierno como la izquierda política necesitamos contrapoderes con tiempos y dinámicas propias, ajenas a los ritmos siempre frenéticos de la coyuntura institucional.

4. REFORZAR IZQUIERDA UNIDA ES REFORZAR LA IZQUIERDA SÓLIDA, FIABLE Y CERCANA

En este apartado desarrollaremos la propuesta para avanzar hacia una Izquierda Unida más fuerte, más útil y mejor posicionada en los contextos previamente estudiados.

4.1. Evolución de la última década y desde la última Asamblea

Asamblea tras Asamblea Federal hemos analizado los errores que habíamos realizado en el desarrollo de Izquierda Unida como movimiento político y social. En las dos últimas Asambleas Federales hicimos un balance autocrítico de los últimos 30 años, pero también destacamos las fortalezas y los aciertos que tuvimos, los cuales nos han permitido llegar hasta aquí. A raíz de esos análisis hemos introducido cambios importantes que han mejorado el carácter de Izquierda Unida como movimiento político y social y han permitido que la organización soporte un ciclo político convulso y que encaráramos en unas condiciones desfavorables.

En el documento de la XII Asamblea Federal decíamos: *“Estos cambios organizativos se correspondían con unas tesis políticas que planteaban la necesidad de tener más capacidad de intervención en la sociedad, para no solo obtener más representación electoral sino para mejorar las condiciones de vida de las familias trabajadoras. Para ello entendíamos que el trabajo en espacios unitarios y en luchas concretas nos fortalecía como organización y nos permitía construir unidad popular desde lo concreto. En este trabajo era evidente que necesitábamos ser coherentes, hacer lo que decíamos o, si se prefiere, ser lo que decimos ser: clase y pueblo.”*

El trabajo realizado desde la XII Asamblea ha sido muy importante para poner el esfuerzo de la organización en construir comunidad en Izquierda Unida y con nuestro entorno. La campaña de afiliación (cuidar a nuestra militancia), la guía de comunidad, la guía de usos de sedes y el desarrollo de talleres en las Federaciones ha sido una apuesta por poner el énfasis en el refuerzo organizativo desde la creación de comunidad y la inserción de la organización en la vida de sus barrios y sus municipios.

El trabajo específico desarrollado en el municipalismo ha sido otro de los ejes a través de los cuales hemos intentado reforzar la organización y la generación de comunidad. Un año antes de las elecciones municipales se realizó toda la planificación del Plan de Acción para trabajar las elecciones municipales. El conjunto de responsabilidades enfocó su trabajo en dichas elecciones para aprovechar la oportunidad que nos daba una de nuestras mayores fortalezas: la capilaridad territorial y el arraigo municipal.

La Escuela de formación en Mieres en mayo de 2022 fue un ejemplo de esa apuesta: una apuesta por lo cercano y por el trabajo colectivo con el conjunto de Federaciones y de municipios. Dicha Escuela fue el inicio de talleres de cara a las elecciones municipales que se celebraron durante un año en todas las federaciones y en los que participan más de mil personas. Aprovechamos la ocasión para tener un recuerdo para nuestro Alcalde fallecido, Aníbal Vázquez, y su contribución para que dicha escuela fuese un éxito.

En ese año de preparación de las elecciones municipales utilizamos varios formatos de acercamiento con nuestra base. Desde entonces hasta hoy hemos realizado tres formularios distintos con los que hemos obtenido casi 4.000 respuestas que nos han ayudado a entender Izquierda Unida desde abajo. La creación del grupo MAYO 2027 va en la misma dirección: mejorar la interlocución directa entre la gente de la organización a todos los niveles. Seguiremos reforzando el grupo, sumando recursos y servicios para mejorar la gestión cotidiana a nuestra militancia y a las personas que nos que representan en las instituciones.

Además de este refuerzo de la organización, desde la perspectiva de generar comunidad dentro y fuera de Izquierda Unida, de reforzar los lazos con nuestro entorno y con el pueblo, hemos realizado un trabajo específico en afiliación y en el ámbito externo.

En cuanto a la parte afiliativa, la campaña de afiliación, el envío del carné, la comunicación directa de los acuerdos de los órganos, han sido otro de los avances de este mandato. Un trabajo específico en afiliación para cuidar a nuestra gente, el seguimiento de las altas y bajas, el apoyo y la formación a las Federaciones en el uso de la UAR, nos han permitido mejorar el trabajo con la afiliación. A pesar de ello no hemos sido capaces de revertir la tendencia de descenso afiliativo que se da en Izquierda Unida desde hace más de 11 años (según los datos de los que disponemos).

Seguimos pensando que para reforzar la organización es necesario que seamos útiles para mejorar las condiciones de vida de las personas en nuestro entorno y que nuestros espacios sean espacios de socialización más allá de las reuniones estrictamente políticas. Pero es imprescindible cuidar a nuestra afiliación, que tenga la información y que pueda participar en la organización, esta responsabilidad es compartida entre todas las estructuras y debemos seguir mejorando en el cuidado de la afiliación.

Uno de los objetivos que no hemos podido cumplir ha sido la puesta en marcha de una guía de servicios para la afiliación, que pudiese poner en contacto a nuestro entorno social, cultural y económico con nuestra afiliación.

A nivel externo se ha reforzado el trabajo con los sindicatos, movimientos sociales y en las movilizaciones. Se valora muy positivamente la creación de la responsabilidad de conflictos laborales por el trabajo realizado en los propios conflictos, de apoyo a la red de sindicalistas y de conexión con las estructuras sindicales. Obviamente se ha mantenido la presencia de la organización en las movilizaciones más genéricas de estos años, como la defensa de los servicios públicos (sanidad, educación, etc.) y las movilizaciones en defensa de la paz y del pueblo palestino recientemente.

Debemos destacar en el documento un elemento positivo, que nos ha permitido reforzar el posicionamiento de la organización y darnos voz propia fuera de la institución: la recuperación de una figura de portavoz o coportavocía. El trabajo de portavoz nos ha permitido trasladar la posición de la organización con claridad y expresar las posiciones de la organización con autonomía respecto a nuestra presencia en el gobierno.

En cuanto a la gestión económica seguimos con una política de austeridad económica. Hemos seguido reduciendo la deuda, conteniendo el gasto y estableciendo un salario máximo. La gestión de la contabilidad ha seguido mejorando y estamos en un proceso de ser más transparentes y eficientes a la vez. La coordinación con las Federaciones y el cumplimiento de la normativa han mejorado y hemos de seguir siendo extremadamente escrupulosos con los procedimientos.

Hemos avanzado hacia una organización más federal y con más participación de los partidos y organizaciones que la integran. Izquierda Unida hoy es más federal y más coherente, gracias a la puesta en marcha de mecanismos para evitar incumplimientos de acuerdos federales o vulneraciones de los derechos de la afiliación.

4.2. Propuesta político-organizativa

4.2.1. Organización y arraigo

Una organización que, gracias a su militancia y a su estructura, tiene implantación social y territorial, sobre todo municipal. En la etapa anterior ya se hizo un trabajo intenso en municipalismo para reforzar la presencia municipal de la organización. En esta etapa proponemos crear un área de trabajo específica en la Colegiada Federal de Municipalismo que garantice una coordinación permanente de las iniciativas municipales, un trabajo con la FEMP y el grupo que lideramos, y por último coordinar la difusión y extensión de buenas prácticas que se hayan realizado en municipios donde tenga presencia Izquierda Unida.

La vinculación con la responsabilidad de comunidad, que se creó en la anterior etapa será un elemento estratégico del trabajo municipal. Nuestros municipios son ejemplo de gestión, de trabajo y también de generar comunidad desde lo cercano. El conocimiento compartido de iniciativas y la extensión de estas debe servir de impulso para el arraigo de la organización y el fortalecimiento desde abajo, desde lo local.

El trabajo de afiliación ha sido un trabajo muy importante y hemos conseguido frenar la pérdida de militancia. No se ha conseguido invertir la tendencia, pero los dos últimos años de los últimos 11 han sido los que menos afiliación se ha perdido. No nos conformamos, pero frenar la tendencia es un pequeño primer avance para revertirla.

El trabajo con la UAR, la formación continua, la gestión de las altas y bajas por parte de la dirección federal si no se gestiona por los ámbitos territoriales, el envío del carné, son elementos que hay que mantener. La atención directa a personas afiliadas es necesario mejorarla y para ello estudiaremos la posibilidad de ampliar recursos cuando sea posible en ese ámbito.

En esta etapa hemos de seguir mejorando y proponemos varios elementos para poner en marcha. La conexión con nuestro entorno social, cultural y económico es imprescindible para que podamos desarrollar nuestros proyectos de vida de forma coherente y con nuestra clase. Para ello, el desarrollo de iniciativas sociales y culturales con las Federaciones será un objetivo y la puesta en marcha de un catálogo de servicios para la afiliación y los simpatizantes.

Feminizar la organización es imprescindible y para ello debemos poner en marcha y visibilizar las políticas ya aprobadas en la organización. Igualmente debemos generar dinámicas de debate donde se garantice la participación correspondiente de las mujeres de la organización.

4.2.2. Referencia histórica

Una organización con trayectoria y experiencia que sostiene el hilo rojo de la historia y lo mejor de la tradición izquierdista. El objetivo de reforzar Izquierda Unida tiene una doble dimensión: por abajo, en los ámbitos político-organizativo, territorial y social; por arriba, en el imaginario colectivo a través de una mejora del posicionamiento. La primera dimensión es la más importante, pero la segunda también merece nuestra dedicación, pues son complementarios.

En el actual contexto de recomposición de la izquierda –por decepción–, apostamos por poner en valor los principales atributos que nos diferencian del resto de opciones de la izquierda, como la solidez y la fiabilidad políticas y

organizativas, gracias a nuestra implantación territorial o a nuestra trayectoria política. Debemos aprovechar la relativa fortaleza en ambas dimensiones para erigirnos en una izquierda confiable, que puede generar certidumbres y confianza.

Para ello proponemos la creación de un área de trabajo en la Colegiada Federal de Acción política que permita vincular el trabajo de comunidad con el trabajo de posicionamiento de la organización.

Durante estos años hemos construido una organización más democrática, más participativa y con más mecanismos garantistas. Esta es una seña de identidad de Izquierda Unida que hemos de preservar como cultura de la organización. El sufragio universal, los referéndums, las consultas vinculantes o las asambleas abiertas a nivel local son una apuesta de esta organización que debemos seguir mejorando. En ese sentido hemos de analizar de forma autocrítica que a veces las decisiones que hemos de tomar no nos permiten generar procesos tan participativos como nos gustaría. Los referéndums son un ejemplo de ello, no siempre se dispone la información suficiente para poder organizar un proceso de debate lo suficientemente amplio. Sin embargo, debemos intentar mejorar estos mecanismos a la vez que debemos ser conocedores de la realidad que vivimos y de la rapidez de los procesos políticos.

4.2.3. Vocación unitaria: propuesta y posicionamiento para los espacios de convergencia

En este apartado debemos responder, desde el marco de la propuesta político-organizativa propia, cómo se posiciona Izquierda Unida en los espacios de convergencia en general y en Sumar en particular.

Izquierda Unida ha demostrado a lo largo de su historia su vocación unitaria. Es más, Izquierda Unida nace en 1986 por la vocación unitaria del Partido Comunista de España que impulsa un proceso de convergencia social y política que se lanza en Andalucía con “Convocatoria por Andalucía”.

Izquierda Unida transitó de ser una coalición a una Federación de partidos en un proceso de varios años y en varias Asambleas. Desde esa experiencia de construcción de un movimiento político y social, desde la experiencia de intentar generar la convergencia de organizaciones políticas, sociales y sindicales es como Izquierda Unida aporta a la construcción de un Frente Amplio en España.

Pero nuestra vocación unitaria no se circunscribe a los inicios. Es importante recordar el proceso de Refundación de la Izquierda que se debatió en la

Asamblea Federal de 2008 y a lo largo de varios años se fue trabajando, de forma desigual en los diferentes territorios. Es importante recordar el trabajo que se hizo con la “Guía para la Refundación de la Izquierda” y con el trabajo de foros temáticos, sectoriales y locales.

Nuestra experiencia y vocación unitaria es dilatada, no solo en generar coaliciones, sino en generar las condiciones objetivas para generar convergencias en las luchas, en los barrios, en los municipios y en los ámbitos sectoriales.

Desde esa experiencia hemos aportado a la construcción de Unidas Podemos, hicimos el acuerdo marco de las elecciones en 2019 y analizamos de forma autocrítica el funcionamiento de la coalición y la falta de mecanismos democráticos y de participación popular.

De nuevo en 2023 con el proceso de elecciones municipales volvimos a generar un marco de acuerdo con Podemos y con otras organizaciones en miles de municipios, a la vez que en otros nos presentamos en solitario como Izquierda Unida. Y en paralelo apostamos por un Frente Amplio cuando Sumar empezó a tomar forma.

Realizamos varias Coordinadoras Federales para debatir nuestro modelo, en septiembre de 2023 definimos cómo entendíamos que tenía que ser el Frente Amplio, en diciembre del mismo año volvimos a analizar la situación y planteamos la necesidad de estabilizar la coalición ante las deficiencias que habíamos detectado en el proceso electoral y las situaciones que estábamos viviendo en los territorios. Por último, en febrero de 2024, tuvimos una Coordinadora Federal para ver cómo afrontar el proceso de la primera Asamblea de Sumar. Además de estas tres Coordinadoras Federales se realizaron varias Colegiadas ampliadas a Coordinadores/as y varias reuniones de responsables de organización.

Después de todo este trabajo, y desde nuestra demostrada vocación unitaria, hacemos la propuesta consecuente de construcción de un Frente Amplio, democrático y con voluntad de constituirse en bloque histórico.

Creemos que la mejor fórmula para que convivan partidos, organizaciones sociales y personas es la Federación de Partidos donde se regule las relaciones y las competencias de cada actor y de los órganos.

Para Izquierda Unida, la construcción de cualquier espacio conjunto o Frente Amplio debe hacerse desde el reconocimiento y asunción de las personalidades jurídicas de las partes que participen en el mismo. Por lo tanto,

excepto la fórmula de partido político, cualquier otra (jurídica o no) puede ser válida.

Apostamos por la consolidación y democratización del espacio de Sumar, en lo que de ella depende y más allá, tratando de aglutinar un bloque de la izquierda que una a organizaciones políticas, sociales y sindicales que aspiren a un cambio social.

Desde Izquierda Unida proponemos al conjunto de actores que componen Sumar, y otros que ya no están, unas medidas que permitan avanzar hacia la construcción de un Frente Amplio empezando por priorizar que haya una coordinación interna similar a la de una coalición, con funcionamiento democrático.

Para ello, proponemos las siguientes líneas.

Apuesta por un espacio conjunto que crezca y no se reduzca. Uno de los objetivos del espacio unitario debe ser su búsqueda permanente de ampliarse y fortalecerse con otras organizaciones y, fundamentalmente, mediante la incorporación de colectivos y personas no organizadas.

- Por un espacio conjunto con mayor fortaleza organizativa. Mecanismos efectivos de participación democrática, deliberación y toma de decisiones. A la hora de adoptar acuerdos deben regirse preferentemente por medio del consenso, primándose la síntesis y el diálogo y dotándose de mecanismos democráticos para resolver cuestiones en las que no se pueda alcanzar el consenso. Los mecanismos de coordinación deben respetar la autonomía de todas las partes integrantes.
- Por una articulación de un proyecto federal. Izquierda Unida defiende un proceso político sin asimetrías entre los territorios y las organizaciones. Garantizar derechos de participación a las organizaciones y a las personas es también establecer un sistema donde todos y todas sepamos de qué reglas nos dotamos, las cuales deben ser las mismas para todos y todas. Esto solo será posible haciendo efectivo el principio de una persona un voto.
- La puesta en marcha de coordinaciones entre organizaciones a todos los niveles es imprescindible, al igual que la posibilidad de articular debates o consultas para la toma de decisiones importantes. Trabajaremos la articulación de normas que ayuden a regular la convivencia política, la actividad institucional y la cooperación dentro del espacio.

- El desarrollo de estos espacios de coordinación debe ser tan amplio como sea posible pero flexible en su desarrollo, adaptándose a la realidad política y a los actores existentes y con una cobertura de mecanismos de mediación y solución de conflictos integrada y normalizada dentro de las estructuras.
- El objetivo no es alcanzar necesariamente una unidad orgánica y/o electoral con todos los actores. Lo primordial es ser capaces de encontrar unos mínimos comunes para generar una agenda política propia y conjunta. Que se perciba por la ciudadanía que hay un espacio diverso con un discurso y unas prioridades compartidas.

Si Sumar no avanza en la construcción de un Frente Amplio, desde Izquierda Unida aportaremos por consolidar la coalición a nivel estatal y asentar los mecanismos de coordinación que se han ido construyendo y reforzando la bilateralidad. Además de esto, desde Izquierda Unida defendemos que no se puede utilizar la marca común de la coalición contra los actores que hemos construido el proceso.

Si no conseguimos pasar de una coalición, Izquierda Unida no abandona su objetivo de poner en marcha mecanismos de participación popular como asambleas abiertas o primarias para los diferentes procesos electorales.

4.3. Propuestas de modificaciones de estatutarias

Como se hizo en las dos últimas Asambleas Federales incorporamos en el documento de organización las propuestas de modificaciones de los estatutos y posteriormente se enviarán los estatutos con las modificaciones incorporadas y señaladas en otro color, para que puedan ubicarse con claridad.

Desde la XI Asamblea Federal se ha trabajado en profundidad los cambios organizativos para avanzar en la construcción de Izquierda Unida como movimiento popular, en ese sentido las redes de activistas, el reglamento de simpatizantes, el sufragio universal, la reducción de órganos a todos los niveles, la concreción de la federalidad, el refuerzo de la presencia de los partidos en la vida de Izquierda Unida, son cambios que se hicieron en las dos últimas Asambleas. A pesar de no haber conseguido todos los objetivos políticos que pretendíamos, hemos avanzado y creemos que se han asentado derechos y deberes que profundizan en la construcción de Izquierda Unida como movimiento popular con carácter federal y con arraigo social y territorial.

Por lo tanto, en esta Asamblea se presentan propuestas muy específicas sobre algunos elementos que se han detectado que no han funcionado concretamente, pero no se proponen cambios estructurales o sustanciales en los estatutos.

- Incorporación en los estatutos de un protocolo para la prevención y abordaje de conductas de acoso sexual y por razón de sexo y orientación sexual y/o identidad de género, y cualesquiera conductas constitutivas de discriminación.
- Regulación de un procedimiento sancionador para las personas de la Comisión de garantías federal, que actualmente no existe. Se propondrá que sea la Coordinadora Federal quien tenga la competencia.
- Regulación del tiempo para la respuesta a la interposición de una denuncia, previa a la apertura de expediente. No se podrá pasar más de un mes para responder a una denuncia concreta, ningún órgano.
- Los plazos para la finalización de los expedientes están fijados en los estatutos, pero es necesario aclarar los motivos por los cuales se pueden interrumpir dichos plazos. Concretamente se proponen los siguientes motivos: campaña electoral, procedimiento judicial o baja médica justificada de una en el proceso de instrucción.

Izquierda Unida es la izquierda que estuvo, que está y que estará. Es la organización más sólida y fiable del conjunto de la izquierda transformadora. Partiendo de las lecciones de la década anterior y de una relativa estabilidad, ahora nos toca volver a empezar desde los principios: redoblando nuestra apuesta por los principios del arraigo organizativo, la implantación territorial y la referencialidad política-histórica.

Durante los últimos años hemos logrado avances en un contexto histórico muy difícil. Ahora toca consolidar y profundizar dichos avances.